

La calle para el miércoles 7 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Monsiváis joven
por miguel ángel granados chapa

En El arte de la fuga, de Sergio Pitol, el Carlos Monsiváis de 19 años es personaje principal. Pitól lo espera en el Kiko un día de julio de 1957, para comer juntos y revisar las pruebas de plana de dos cuentos que serán publicados en los Cuadernos del unicornio, que dirige Juan José Arreola:

“Carlos es siempre impuntual, pero en esta ocasión se le pasa la mano; es posible que ni siquiera llegue. Tengo una hambre feroz, me decido a pedir la comida corrida. Como y sigo leyendo a Ford. A la hora del postre, llego al final, que me deja aterrorizado. En ese momento aparece Carlos. Viene de Radio Universidad donde participó, me dice, en la grabación de un programa sobre ciencia ficción. Pide sólo una hamburguesa y una coca-cola. Pone las pruebas de imprenta al lado de su plato y las lee en unos cuantos minutos mientras come. Hace una o dos correcciones. Saca luego de su libro un par de páginas, tacha algunas palabras, añade otras, rectifica por completo las últimas líneas. Me pide acompañarlo al Excelsior, que queda a un paso, a entregar la nota que acaba de corregir; es cosa de sólo un minuto. En un dos por tres llegaremos a la casa de Juan José Arreola para entregarle las pruebas. Allí nos espera José Emilio Pacheco, quien entregará hoy las planas de La sangre de Medusa, que se publicará también en los Cuadernos del Unicornio.

“En la planta baja del edificio contiguo al Kilos se encuentra la librería Zaplana, la más grande de México; no resistimos la tentación de echar un vistazo a las mesas y estanterías de aquel inmenso recinto. Cada uno sale con un imponente bulto bajo el brazo, Nos enorgullece el rápido crecimiento de nuestras bibliotecas (la suya, con los años sobrepasará los treinta mil ejemplares). Volvemos a entrar al Kilos para pedir que nos vendan unas cajas de cartón porque es imposible moverse por la calle o subir a un autobús con esa cantidad de libros en las manos. Mientras buscan la caja tomamos un café y examinamos nuestros hallazgos. En los cuatro años de amistad nuestras lecturas se han expandido y entreverado. Coincidimos ese día en comprar Conrad. Yo llevo Victoria y Bajo las miradas de occidente, y él, Lord Jim, El vagabundo de las islas y El agente secreto. Ambos leemos en abundancia a autores anglosajones, yo de preferencia ingleses y él estadounidenses, pero se ha producido una benéfica contaminación. Hojeamos los libros adquiridos Yo hablo de Henry James y él de Melville y de Hawthorne; yo de Forster, Sterne y de Virginia Wolf, y él de Poe, Twain y Thoreau...

“Advierte de pronto que se ha hecho muy tarde, que tenemos que volar a Excelsior para entregar su nota. Le pregunto si es ‘La caja idiota’ y él cambia de inmediato de tema. ‘La caja idiota’ es una columna muy ácida sobre la televisión y sus efectos entontecedores. Son las cosas desconcertantes de Carlos. ¡La televisión! ‘A quien diablos le importa la televisión? ... Llegamos a la redacción. El jefe de sección al cual debe entregar la nota, ha subido a junta. Posiblemente vuelva dentro de media hora. Nos sentamos donde podemos. Un periodista dice a nuestro lado por teléfono que en México las cosas van mal debido a la blandura del gobierno, que cada vez cede más a las presiones sindicales, que si las autoridades no intervienen y acaban de raíz con esa lepra se producirá un desquiciamiento nacional.

“Seguimos hablando de libros; eso implica que la literatura es el tema al que constantemente volvemos, sólo que interrumpido sin cesar por ráfagas de comentarios de todo tipo, sobre cine, sobre la ciudad, sobre los problemas del momento que comienzan a alarmarnos, sobre la Universidad, sobre nuestras vidas...”

Ya es de noche cuando “un autobús nos deposita en la esquina del cine Chapultepec, a un paso de donde vive Arreola”.